



CINCO NIÑOS SECUESTRADOS

por su padre y su madrastra, en la capital
de Zaragoza. La mayor de 8 años.

PRIMERA PARTE

Sagrada Virgen del Carmen,
dame luz é inteligencia
para poder referir
esta plana con paciencia,
los casos más inhumanos
que se cometen en la tierra,
ni las fieras más salvajes
quizás no los competieran.
En la capital de Zaragoza,
provincia de buena tierra,
ha ocurrido un suceso
de los pocos que se muestran
con cinco inocentes criaturas,
hallando en la triste miseria,
que por faltar su pobre madre,
que la infeliz está pudriéndose en tierra,

y han sido castigadas
por una mano perversa,
que la madrastra que les dieron
es una señora maestra;
pero la ambición del dinero
que á todo el mundo lleva,
á estas cinco criaturas
las trajo á la miseria,
teniendo treinta mil duros,
herencia de su abuela,
que se los dejó su madre
para que en toda su vida
á nadie pan pidieran;
pero el conocimiento del hombre
que de la mujer siempre se lleva,
al casarse con una señora,

que al parecer era buena;
pero cuando llegó á ver
que tantos hijos eran,
empezó á martirizarlos
como una fiera perversa,
metiéndolos en una alcoba
que ni luz tenían siquiera,
dejándole á la criada dicho
lo que tenía que hacer con ellos.
Se marchó á veranear
sin que nadie lo supiera,
y estas pobres criaturas
con llave en la alcoba los encierra;
á la pobre de la criada,
que era una modesta sirvienta,
la dejó un cuarterón de sardinas
para que todos los días les diera
con media libra de pan
que entre los cinco repartiera,
para que aquellas criaturas
de esa manera se murieran
y coger aquella fortuna
que de estos infelices era;
pero Dios omnipotente
castiga sin palo ni piedra,
quiso una mañana
que estos niños pan pidieran,
y oyéndoles un vecino
que bajaba por la escalera,
se paró un momento allí
y entonces subió la portera
y en los llantos que se oían
decían de esta manera,
llorando amargamente:
—Darnos un poco de pan siquiera,
que tenemos hambre,
pues no tenemos
quien nos ampare,
ni ha venido la criada
ni sabemos dónde está mi padre,
que la moza que nos trae la comida

estará divirtiéndose en la calle,
no nos trae las sardinas
que la dejó encargada mi madre.
El vecino que esto oye
al juez va y le da parte
de aquella miseria tan grande,
de que aquellos esqueletos
no podían ver la calle
por estar en un cuarto oscuro
sin poder ampararlos nadie.
Ya llegó el señor juez
y toda la justicia delante;
abren aquella puerta
y no se encontraron á nadie,
mas los llantos que se oían
llegaban hasta la calle
por una ventana que había alta,
por donde les entraba el aire.
Entonces mandó el señor juez
que la puerta descerrajasen,
y en aquella miseria vió
aquellos cinco ángeles,
y entonces de orden de él
mandó que los pesasen,
y entre los cinco pesaron
treinta kilos no cabales,
y muertos por la miseria
que les daban sus padres.
Inmediatamente ordenó
que fueran por caldo
para alimentarles,
y el vecino que esto oyó,
en alta voz dice á los niños:
—Oir, ¿queréis subir á mi casa
y allí podéis acostaros?
Comeréis lo que yo coma,
pan, cocido y carne,
y en lo que yo pueda, señores,
de comer no ha de faltarles.
Entonces el señor juez le dice:
—¿Y cuánto va V. á llevarles?

Fin de la primera parte.



CINCO NIÑOS SECUESTRADOS

por su padre y su madrastra, en la capital de Zaragoza. La mayor de 8 años.

SEGUNDA PARTE

—Usía me dispense, de esas cosas no me hable, que mientras estén en mi casa estarán mucho mejor que en casa de sus padres, y la miseria que tienen también habrá que quitarles, y sepa V., señor juez, que yo no me caso con nadie, que si esta caridad yo hago no es ni por la madrastra ni por su padre; lo hago porque son unos inocentes

que están desfallecidos de hambre. En el barrio de San Pablo, sitio en que los niños se hallaban, Josefita la mayor, que al público encantaba, cogía á sus cuatro hermanos y por Torrero paseaban en compañía de este matrimonio, que es lo que ellos deseaban. Mas un día al ver á su padre que á larga distancia paseaba, dice Juanito á Emilia:
—¿Si habrá ido papá á vernos á casa?

Y entonces dice Jos-*fa*:
— Me alegraría que por aquí pasara
para darle todos un beso
en las manos y en la cara,
porque el pobre no tiene culpa
del martirio que nos dió
nuestra mala madrastra;
siempre nos daba un beso
las veces que subía á casa,
y en cuanto salía á la calle
la madrastra nos pegaba
con una correa bien gruesa
y á veces con una vara;
siempre con un mal genio
que nunca la vimos buena cara;
cuando la sirviente subía
á darnos un poco de agua,
no podíamos pedir pan,
aunque tuviéramos gana.
Un día porque me quejé
y dije en estas palabras:
— ¡Ay, cuánto me duelen las muelas!
Me contestó desgarrada:
— Anda que te las cure tu madre,
que yo no tengo obligación de nada.
Y mi pobre hermanito,
que Eduardo se llama,
como es el más pequeño,
el pobrecito no lloraba
atemorizado de miedo,
en el triste jergón se echaba.
Padres que tengáis hijos,
por Dios no darles madrastra;
que nuestro padre era muy bueno
y la madrastra muy mala;
que por mucho castigo que la den
no le darán lo que le haga falta.
Que por muchos años que esté
en la cárcel encerrada
no la darán el castigo
que ella á nosotros nos daba.

Cuatrocientos tripulantes salvados.

Padres que tengáis hijos,
escuchen sin marchar
las desgracias ocurridas
en lo profundo del mar;
cuatrocientos tripulantes
marchan, sin reflexionar
los amarguras que en el buque
los pobres podrían pasar;
saliendo de Cartagena

con rumbo á Buenos Aires van,
y allá á diez leguas andadas
de puro aire que hacia
el buque no podía andar.
El capitán, enfurecido
por ver á la tripulación
amargamente llorar,
los manda bajar abajo
para que los marineros
pudieran trabajar.
Todos bajan abajo,
en aquella oscuridad
los hijos á sus madres se agarran
y no los pueden consolar
por los vaivenes del buque
que el agua les hacia dar.
El buque se sumergía
por aquel mal temporal;
y el capitán que ya vió esto
que no se podían salvar,
les dice:— Hijos míos,
una salve hay que rezar
á nuestra madre del Carmen,
que es patrona de la tierra
y navegantes de la mar.
Se pusieron de rodillas
y todos empiezan á rezar
con el escapulario en la mano
que los marineros suelen llevar,
y estando en su oración
viene una ola del mar,
y aquel barco profundo
por las olas que le solían pegar;
el capitán ordena al maquinista
que la máquina funcionase
para que el pito pudiera chiflar.
Mientras los marineros
echaban los botes al mar
para que aquella tripulación
se pudieran salvar.
Salió una goleta de Cartagena
á poderlos amparar,
porque el buque se sumergía
de cada vez mucho más;
así es que casi toda la tripulación
se pudieron salvar,
que gracias á esta goleta
que trabajó sin cesar.
Y cuando llegaron á tierra
gracias daban á la Virgen soberana
por librarlos de aquella muerte
y de aquel mal temporal.

Es propiedad de M. M. (à) Manitas.

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 6.